

LA OBEDIENCIA EN LA TRADICIÓN ORTODOXA, AYER Y HOY¹²

Para el monje los votos sintetizan lo que puede llamarse su estrategia contra los “siete malos pensamientos” según expresión de Casiano. A su vez, dichos pensamientos resumen toda la gama de los pecados posibles. Por el voto de pobreza, el monje lucha contra el amor al dinero; éste vuelve esclavo de la materia el corazón del hombre en el cual se instala. Por ese mismo voto, se protege contra la pereza, porque necesita trabajar para ganar su subsistencia. El voto de castidad defiende al monje contra la disolución y contra la gula que a ella lleva. Por el voto de obediencia, el monje busca preservarse de la vanidad, la vanagloria y la ira. ¿Qué diferencia hallamos entre vanagloria y vanidad? Los Padres nos dicen: “Si sabes que no vales nada, que eres un pecador y hasta un tonto, y si pese a ello deseas que los demás te honren, es vanagloria. Pero si ignoras que eres un tonto y un pecador, si los demás te creen sabio, virtuoso, inteligente y hasta genial, si te presentas siempre como tal, considerando a los demás menos inteligentes, menos sabios y menos virtuosos que tú, es vanidad”. Los Padres añaden que estos dos “malos pensamientos” son como hermanos siameses: están tan pegados uno con otro que es difícil separarlos. Aquellos grandes psicólogos que fueron los Padres, por estar avezados en el estudio de la naturaleza humana y el combate espiritual, supieron sin embargo distinguirlos.

La literatura ascética de Oriente trata detalladamente de la purificación de estas siete pasiones: presenta tal purificación como una escala de múltiples peldaños. Analiza cada pasión y prescribe contra ella métodos adaptados. Estos han sido probados en el transcurso de una tradición multiseccular por ascetas famosos. Uno de dichos métodos es la “Escala de san Juan Clímaco”: en él se demuestra de qué manera, en el trigésimo peldaño, el monje llega a la fe, a la esperanza y al amor, y a la contemplación. Está también el Método y Regla ascética de los santos Calixto e Ignacio Xantópulos y “El Combate Invisible” de san Nicodemo el Hagiorita.

Para introducir nuestros puntos de vista sobre la obediencia, empecemos diciendo algunas palabras sobre la experiencia ortodoxa de la regla y de la libertad. Acabo de citar tres “reglas” – hay muchas más– pero nosotros los ortodoxos decimos que no vivimos según reglas fijas. Está la regla de san Pacomio, la de san Basilio, la de san Teodoro, pero decimos que los capítulos y los párrafos de esas reglas no dictan nuestra conducta. Existen prescripciones detalladas para cada una de las veinticuatro horas del día, pero nadie las observa todas. Existe un programa, como es normal, pero no obliga al pie de la letra. Propongamos algunos ejemplos. En la Iglesia: se puede llegar tarde, se puede salir antes de terminados los oficios, se puede cantar, se puede meditar; las meditaciones no están prescritas; no hay entrada o salida en grupo; ni se requiere presencia del grupo en cuanto tal; hasta se puede hablar en voz baja.

Lo mismo respecto al refectorio; llaman por cierto, pero se puede retrasar la llegada, o tomar la refección después de la comunidad; si hay lectura, se escucha; si no, se habla. La regla del silencio es personal y no colectiva.

¿Cómo explicar que la tradición haya podido consagrar tal manera de vivir? A mi parecer, más bien hemos de descubrir en ella el fruto de una búsqueda, de una libertad, que da a las otras “reglas”, más profundas y espiritualmente más adaptadas, la posibilidad de ser observadas: aquellas reglas ya mencionadas, referentes al combate espiritual contra los pecados.

Así, por ejemplo, al declararnos basilianos, sólo lo hacemos para colocarnos dentro de las categorías occidentales, ya que para un occidental es inconcebible ser “monje” a secas; hay que

¹² Tomado de: *Vie Consacrée*. Tradujo: Hna. María Elena Lagos, osb. Abadía de Santa Escolástica.

ser monje de la especie tal. Pero de hecho, nosotros somos sencillamente monjes. Todas las reglas tienen su valor, por lo tanto tengo toda libertad de escoger en ellas los aspectos que me parecen responder a mi caso. Los monjes observan los votos y, en general, son fieles a una regla de vida comunitaria, sin programa rígido, como en una familia. La obligación de purificarse y de tender a la perfección es asunto de conciencia, de búsqueda personal, de consulta con el padre espiritual. El verdadero estado espiritual de cada cual permanece oculto: se puede ser un santo sin que nadie lo sepa.

Volvamos a la obediencia.

San Juan Clímaco dice que la obediencia consiste en no confiar nunca en la vida en sí mismo, pese al bien que uno haya podido realizar. Cuando un novicio llega al monasterio, se le advierte que asume el deber de ser obediente “sin condición”, esto es, ser de una obediencia perfecta. Habitualmente, cuando en el mundo monástico, se producen divergencias de puntos de vista, el Abad le recuerda al novicio que no tiene derecho a opinar. Sin embargo, cabe reconocer que cierta rutina que se ha infiltrado aquí transforma más de una vez el voto de obediencia en un instrumento al servicio de una dominación muy poco espiritual. Por esta causa estimo necesario examinar un tanto la esencia de este voto. Aunque se la califique de “incondicional”, la obediencia está sin embargo condicionada por algo: se la practica en nombre de Dios, es una disponibilidad para Dios. Por lo mismo es de suponer que el que manda lo hace en nombre de Dios, con un fin divino, y ante todo para salvación del que obedece, esto es, siempre para ayudarlo a él y nunca en provecho propio. Orden y obediencia sólo son auténticas cuando persiguen un fin espiritual, tal como Jesús lo prescribió y como la tradición lo ha mantenido. Sólo dentro de semejante contexto la obediencia puede no degenerar en servilismo y el mandato en instrumento de terror y totalitarismo.

En el mundo de hoy cada vez se hace más hincapié en la democracia, en la corresponsabilidad y en la colegialidad. ¿Cómo se sitúa el voto de obediencia respecto a estas nuevas orientaciones? Ante todo se ha de mantener que la obediencia debe situarse dentro de un contexto de libertad. El monje obedece porque quiere obedecer. En todo momento trata de estar disponible en vistas a la obediencia. Es el camino que escogió para escapar a la vanagloria y a la vanidad. Le han asegurado que quien lo manda asumió la responsabilidad de la orden y que dicha obediencia es saludable. Es voluntariamente como el monje ha elegido someterse a la ley de la obediencia. ¿Pero implica esto acaso que queda dispensado de corresponsabilidad?

¿Será el monasterio una monarquía absoluta, donde uno solo reglamenta la vida de todos hasta el detalle, mientras todos los demás se conforman con obedecer, dejando al Abad toda la responsabilidad? No, no debe ser así. “Un superior que quiere hacerlo todo por sí mismo, controlarlo todo monopolizando toda iniciativa, sólo conseguirá interrumpir y retrasar la acción responsable de sus inferiores, condenándolos a menudo a un infantilismo que no es ni el fruto de la gracia ni la culminación de una obediencia realmente evangélica. A menudo sólo será una pasividad, que únicamente puede llegar a imponer una verdadera tiranía o el letargo que provoca todo totalitarismo dominador. Súbditos fáciles no quiere decir necesariamente hombres virtuosos” (Jean Beyer, sj).

La obediencia no debe disminuir la dignidad humana, sino por el contrario acrecentarla dando la seguridad de que se anda por el camino del Reino. Cuando la obediencia es simple conformismo desprovisto de sentido espiritual, es humillación degradante. Cuando la orden carece de ese mismo sentido espiritual y brota de la pasión autoritaria del que manda, se vuelve tiranía. El que manda debe tener siempre presente que es hermano del que obedece. El que da una orden no lo hace en virtud de un derecho que dimana de su propia persona, sino porque él también obedece a la misión que le confió la responsabilidad de mandar. En nuestros monasterios, el Abad siempre dice que tiene “la obediencia de ser Abad” y tal obediencia no es privilegio, sino carga. Sin embargo cabe preguntar ¿por qué empeñarse tanto en este voto de obediencia? ¿No se podría ordenar sencillamente la vida según principios jurídicos, conforme a estatutos y

reglamentos internos, como es el caso en muchas asociaciones civiles? El voto de obediencia aspira a algo más: pretende llevar al monje a penetrar en el orden espiritual. El monje quiere demostrar su obediencia a Dios obedeciéndole a un hombre. Doroteo de Gaza recomienda: “Confíale todo a tu Abad y haz cuanto él resuelva pues él sabe lo que te conviene”. Cuando el monje reconoce en quien lo manda el instrumento de Dios, la obediencia debe ser incondicional.

Pasemos ahora a ciertos puntos que presentarán la experiencia ortodoxa de la obediencia y de sus problemas.

¿A quién se debe obedecer? En primer lugar, al Abad. Puede tenerse la suerte de que el Abad reúna en su persona las cualidades de un buen administrador y las de un padre espiritual apreciable: es lo ideal. Pero sucede más de una vez que cuando los monasterios eligen a su Abad, sacrifican el aspecto espiritual y se dejan llevar por las cualidades administrativas, intelectuales y académicas, o por la representatividad del candidato ante la gente de afuera. Aun cuando la elección se haya guiado por estos criterios, el mal no resulta mayormente grande en un monasterio ortodoxo, dado que el mecanismo de la obediencia no se reduce a la sumisión al Abad.

Propongo algunos ejemplos. El Abad es elegido por su comunidad, pero ésta le adjunta un consejo administrativo y un consejo espiritual. El Abad gobierna con la ayuda de ambos consejos. Dentro de éstos, los problemas se discuten en pie de igualdad y las decisiones se toman por unanimidad; el Abad no impone su parecer personal recurriendo al voto de obediencia. Además, los miembros de dichos consejos tienen responsabilidades precisas en la vida cotidiana del monasterio. Por ejemplo: uno de los miembros del consejo administrativo, el ecónomo, se encarga de los cultivos, del edificio, del abastecimiento. En todas esas ramas de actividad es él quien da las órdenes y reparte el trabajo, momentáneamente o por un tiempo más largo. Del mismo modo, el *eclesiarca* se encarga de la liturgia y de la asistencia espiritual de los fieles. Habitualmente todo va organizado de este modo con mutua benevolencia: lo que resuelve el ecónomo no contradice lo que de su lado desea el *eclesiarca*, pues se consultan mutuamente y, de común acuerdo consultan al Abad. Así se llega a que en cierto modo, nadie sepa ya quién manda, porque ninguna orden llega a sentirse como una violencia. Todo acontece como en una familia: cada cual cumple con su deber, y cumplir con su deber significa para cada cual estar en la obediencia. Al trabajo u ocupación de cada cual en el monasterio se le llama por lo general “obediencia”. Los monjes suelen preguntarse unos a otros: “¿Qué obediencia te han asignado?”, o sencillamente: “¿Qué obediencia tienes en el monasterio?”.

La existencia del Abad, en el monasterio, no es la presencia de un hombre que imparte órdenes, de un hombre a quien habría que tenerle miedo: el Abad es un padre.

El curso de la vida en un monasterio debe ser apacible como el de un río por la llanura. Nadie, en el monasterio, se propone hacer sentir el peso de sus órdenes. Todos los miembros de la comunidad son hermanos y amigos; son hombres normales que desean llevar una vida de paz y alegría.

La palabra obediencia tiene también otro sentido. Cuando algún curioso de afuera le pregunta al monje: “¿Cuánto te pagan por tu trabajo en el monasterio?”, el monje contesta: “No recibo paga: mi trabajo es obediencia”. Es decir, que trabaja para Dios, por su salvación, para sus hermanos: no por dinero. Más aún. En los monasterios ortodoxos, la obediencia es también llamada “bendición”. El sentido lato de esta palabra, como término específicamente monástico es “permiso”. “Bendíceme, Padre, para ir a hacer tal o cual cosa”. Pero también “estar bajo bendición” significa estar en obediencia. Lo que hace un monje sin bendición está fuera de la obediencia. La obediencia por lo tanto es estar sometido a la voluntad de Dios y acorde con ella.

¿Quién da la bendición? Para cosas importantes, como por ejemplo ir a otra localidad, lo da el Abad. Pero para cosas pequeñas, puede la bendición ser dada por cualquiera, hasta por un

hermano. Un monje desea tomar una manzana del jardín; si se encuentra por ahí algún hermano le dice: “Bendíceme, hermano, para que tome una manzana”. El hermano le contesta: “El Señor”, es decir: “Que el Señor te bendiga”. Un monje está cansado y quiere ir a acostarse cuando la comunidad está en la iglesia; va a un hermano, o a un padre espiritual, y a tal fin le pide la bendición.

Los monjes ortodoxos no se saludan diciéndose “buenos días” o “buenas noches” ni mucho menos “hola”. Al cruzarse por el patio del monasterio o al presentarse ante el Abad o despedirse de él, siempre dicen: “Bendíceme, Padre (o hermano) “. Por lo general añaden: “Bendíceme y perdóname, Padre”. Las cartas escritas por monjes o monjas ortodoxos también comienzan y terminan con esta misma fórmula.

La bendición da su verdadero sentido al espíritu de obediencia. Es su clima. En tal clima nadie considera el voto de obediencia como una carga, porque no es una carga sino una bendición, la asistencia de Dios. Los Padres dicen que la obediencia es difícil y es exacto, pero no allí donde el monje está resuelto a vivir para Dios. La obediencia es difícil cuando se infiltra la duda, cuando la atmósfera y la práctica de un monasterio degeneran en rutina y formalismo. Cuando la atmósfera es espiritual, el Abad no es un tirano ni el que obedece un esclavo. Ya manden, ya obedezcan, los verdaderos monjes viven en permanente alegría, como san Serafín de Sarov, para quien todos los hombres eran “alegría”. En la vida de san Antonio leemos que su rostro resplandecía de alegría y que conservó la paz hasta sus últimos días: nunca estaba triste. Los monjes quieren estar “bajo la bendición” y “bajo la obediencia” porque así están defendidos contra la vanidad. No consideran que tienen méritos, porque han aprendido de san Isaac el Sirio que “la perfección es la profundidad de la humildad”. Un santo que sabe que es un santo ya no es santo.

En nuestra época la Iglesia ha vuelto a descubrir uno de sus atributos: es la Iglesia servidora. Dentro de esta línea, la obediencia del monje ha de considerarse como un verdadero servicio, pues es desinteresada y no busca dinero, es para el prójimo, por las almas. La obediencia no es por lo tanto en modo alguno una virtud “negativa”. Pero, ¿será menester ir aún más allá?

En *Gaudium et Spes*, el Vaticano II alentó las actividades caritativas aunque sin dar solución precisa. ¿Podrá decirse que tales actividades son malas para monjes? Sería atrevimiento, por cierto. Si son servicios prestados a los enfermos, a los pobres, etc., tienen un papel saludable, aunque asimismo presenten peligros para la vida personal de los religiosos. Es un riesgo, y queda por dilucidar el problema planteado. Entre nosotros empero, los monjes han optado por otro tipo de actividad, búsqueda de la perfección individual, combinada con la apertura del monasterio a las personas de afuera mediante la oración, la confesión y la acogida. Quizá ambas tradiciones sean igualmente admisibles, mediante un correctivo: permanecer orientadas hacia un idéntico fin, conservar la esencia espiritual del monaquismo, y no perder sus estructuras esenciales. Si alguno puede vivir observando los votos en cualesquiera condiciones, las condiciones carecen de importancia. Pero es necesario insistir en “si puede”, de lo contrario habrá de volverse a la vida monástica tradicional, con su aislamiento y su apertura al mundo limitada por lo que requiere la seguridad espiritual.

Al hablar de obediencia, se alude también a los casos de órdenes absurdas, y uno se pregunta hasta dónde debe llegar entonces la obediencia. La historia monástica conoce el caso de un Padre que le mandó a sus discípulos plantar un repollo raíces arriba. Semejantes órdenes eran tests pedagógicos. Pero cuando es dable comprobar que se cae de un absurdo en otro y nada hay de veras espiritual, ¿qué hacer? Obedecer, dicen algunos Padres; pero otros recomiendan consultar a un padre espiritual. En los monasterios suele haber de esos hombres sabios, que saben cómo mantener la balanza en equilibrio.

Un último punto debe tenerse en cuenta respecto a la obediencia. Creo que pueden distinguirse dos aspectos principales. El primero se refiere al novicio o al monje en su relación con el

monasterio personificada por el Abad y todos cuantos tienen misión de mando en vistas a organizar la vida de la comunidad. Esta obediencia es saludable, pero en cierto modo superficial. Hay otra obediencia, que no está codificada en ninguna parte, ni sometida a ningún control oficial pero cuya importancia no es menor: es la obediencia al padre espiritual. En nuestros monasterios se ha conservado la tradición de los padres espirituales. Cada monje tiene su padre espiritual. Hasta el Abad tiene el suyo. Cuando te confiesas, no escucha pasivamente; la confesión se transforma en una detallada discusión de toda tu vida y todos sus problemas. Es un diálogo, un intercambio de experiencias, una enseñanza. Es el padre espiritual quien dirige tus ayunos, tus oraciones, tus ejercicios ascéticos. Y éste es otro aspecto de la “regla” en nuestros monasterios. La observancia de esta regla es un secreto entre el monje y su padre espiritual; difiere de individuo a individuo, según las capacidades y las necesidades. En los Apotegmas, cuando los discípulos iban a pedirles a los ancianos una “palabra de salvación”, las respuestas eran muy diversas. Para uno; “quédate en tu celda, come, duerme y reza”; para otro: “debes ayunar tres veces por semana”; para un tercero: “habla normalmente cuando lo deseas”; para un cuarto: “guarda silencio”, etc., etc. Este espíritu ha permanecido vivo entre nosotros, pues estimamos que no es posible imponer la misma regla a todos por igual. Cada cual es libre de seguir la regla que le ha dado su padre espiritual o también de elegirse una regla personal. Sin duda que la misma regla para todos es cosa muy deseable, siempre y cuando todos estén de acuerdo y tengan igual temperamento e iguales necesidades. Y admiramos las reglas que llegan a ser observadas así satisfactoriamente por una opción libre y consciente. Pero repitámoslo, los ortodoxos son tal vez más complicados de lo que se cree; en todo caso, desean que aún en los monasterios se conserve cierta libertad. ¿Es esta libertad compatible con el monaquismo auténtico? Hay un tiempo para la decisión. Hay padres espirituales; pero no jefes que obligan a sus inferiores a someterse. Entre el padre espiritual y su discípulo se establece una relación de “padre” a “hijo”; a menudo los monjes, cuando discuten entre sí, refiriéndose a su director dicen: “Mi padre dijo esto”, “mi padre hizo aquello”.

Pues los padres espirituales son ejemplos vivos, no sólo para los monjes sino también para los laicos. Por intermedio suyo los monasterios están en relación con el mundo: relación de influencia, de educación cristiana y espiritual. En el siglo XIX, en Rusia, florecieron los célebres Startzy, que eran padres espirituales y no Abades en el sentido propio de la palabra. Esta tradición remonta a mucho tiempo atrás: los padres espirituales han existido siempre en Oriente. Esta tradición repuntó en Rumania a fines del siglo XVIII con Paiissie Velitchkovsky, del monasterio de Neamtzou. Él es el padre de todos los startzy rusos, pues envió discípulos a Rusia con los manuscritos *hesicastas* traducidos en Neamtzou por sus monjes.

La tradición se perpetuó en Rumania hasta nuestros días: aún hoy tenemos hombres espirituales o famosos por su don de conducir a las almas. A su alrededor se congregan discípulos deseosos de “cumplir la obediencia”. Estos, a su vez, se convertirán en padres espirituales. Pues el auténtico monaquismo vive y se perpetuará gracias a una tradición de santidad. Allí donde hay un hombre de vida santa, muchos acudirán a santificarse. La fuerza del ejemplo es más convincente que cualquier teoría. Por eso el Oriente ortodoxo pone mayor interés en tener santos que sabios en sus monasterios, ya que es principalmente en torno a semejantes padres espirituales que florecen las vocaciones.

En los monasterios, el interés se dirige más bien hacia el “ser” que hacia el “conocer”. Por cierto se puede conocer para ser, pero conocer por conocer es considerado cosa inútil. En los Apotegmas leemos que unos monjes se habían reunido alrededor de san Antonio para obtener consejos espirituales. Como uno de ellos nada preguntaba, el santo inquirió la razón de su silencio: “¿Por qué no me interrogas?” –“Padre, a mí me basta mirarte”.

Podemos hablar pues de una obediencia de veras espiritual porque es de veras libre. Fácil es entonces comprender que el voto de obediencia no consiste en una relación jurídica exterior, sino que es exactamente una relación espiritual. El problema será entonces: “¿cómo realizarla?” y no con qué escapatorias librarse de ella. Tal vez una de las soluciones para la crisis del